

RASHŌMON

RYŪNOSUKE AKUTAGAWA

Traducción del japonés e introducción de
GUSTAVO PITA CÉSPEDES

El Colegio de México

Ryūnosuke Akutagawa nació en Tokio el 1 de marzo de 1892. La enfermedad mental de su madre, que perdió la razón a los siete meses de haberlo traído al mundo, y una vieja superstición según la cual el niño tenía que ser considerado *suteko*, es decir “expósito”, por la edad que tenían sus padres en el momento de su nacimiento, determinaron que fuera adoptado por la familia de su tío Akutagawa Michiaki, de quien tomó el apellido con el que alcanzó más tarde la fama en el mundo literario. Tanto el padecimiento nervioso de su madre, como el ambiente de respeto a antiguas tradiciones culturales que reinaba en casa de su tío, dejaron una profunda huella en su vida y en su obra.

En 1913 inició sus estudios de lengua y literatura inglesa en la Facultad de Filología de la Universidad Imperial de Tokio. Durante esos años empezó a editar con unos amigos la revista *Shinshichō* en la que publicaría en lo sucesivo sus primeros cuentos. Fue también por esa época que conoció a Natsume Soseki (1867-1916), relevante escritor e intelectual japonés, cuyas ideas influyeron en él notablemente.

A pesar de su corta vida dejó Akutagawa una obra monumental que incluye novelas, cuentos, ensayos, artículos de crítica literaria y aforismos. Sus cuentos *Rashōmon* (1915) y *La nariz* (1916) pertenecen al primer periodo de su producción literaria.

Acosado por lo que él mismo denominó en su carta testamento una “angustia imprecisa” (*bonyarishita fuan*), se suicidó Akutagawa el 24 de julio de 1927.

Ya en otras ocasiones la revista *Estudios de Asia y África* ha llevado al lector traducciones al español de obras de Akutagawa. Este modesto trabajo es apenas una pequeña contribución a una labor tan necesaria.¹

¹ Véase: “El hilo de araña”, en *Estudios de Asia y África*, núm. 59, 1984, pp. 91-94; “Palabras de un enano”, en *ibidem*, núm. 74, 1987, pp. 561-597.

La traducción que sigue ha sido revisada y corregida por las profesoras Yoshie Awaiharu y Satomi Miura de El Colegio de México, a quienes agradezco su apoyo e inestimable ayuda.

RASHŌMON

RYŪNOSUKE AKUTAGAWA

Ocurrió un día al atardecer.

Bajo la puerta de Rashōmon² un sirviente esperaba a que dejara de llover.

Aparte de este hombre no había nadie más bajo la ancha puerta.

Tan sólo un grillo se había instalado en una de las grandes columnas redondas de color rojo desteñido.

Como la puerta de Rashōmon se encuentra en la gran avenida de Suzaku, usualmente aparte de este hombre habrían estado esperando el cese de la lluvia, en Ichimegasa y Momie-boshi,³ dos o tres personas más, pero no había nadie más aparte de este hombre.

La razón era que durante estos dos o tres años habían estado ocurriendo continuamente en Kyōto diversas calamidades como terremotos, torbellinos de viento, fuegos y penurias. De ahí que el ambiente de desolación que reinaba en la capital era descomunal. Según una antigua crónica,⁴ la gente destruía las imágenes de Buda y los utensilios empleados en los altares y ceremonias budistas y apilaba a los lados de las carreteras los pedazos de madera, aún recubiertos de rojo naranja y pan de oro y plata, para venderlos como leña. Si el centro de la capital se encontraba en esa situación, por supuesto que nadie pensaba en reparar la puerta de Rashōmon de la que nadie se ocupaba. De modo que, sacando provecho de ese estado de abandono,

² La gran puerta de Rashōmon se encontraba en la parte sur de Kyōto, al final de la larga avenida central de Suzaku que partía del Palacio Imperial o Gosho.

³ Tipos de sombreros, de mujer y hombre, respectivamente, que se usaban en la época Heian (794-1192).

⁴ El autor se refiere, por lo visto, a la compilación *Konjakumonogatari*. Sin embargo, las adversidades y penurias aquí narradas aparecen también ampliamente descritas en la segunda parte de *Hōjōki* (1212) de Kamo no Chōmei (1155-1216). Sobre el particular, vease *Nihonkotenbungakutaiki*, tomo 30, Iwanamishoten, pp. 24-35.

vivían allí zorros y tejones. Y también, ladrones. Finalmente había surgido incluso la costumbre de llevar hasta la puerta los cadáveres que nadie reclamaba, de los fallecidos, para tirarlos allí. Por eso, tan pronto el sol se escondía, el lugar infundía tal miedo que nadie solía permanecer en sus alrededores.

En cambio, de alguna parte habían llegado a reunirse allí una gran cantidad de cuervos. Al mediodía, un grupo de ellos, entre graznidos, dibujaba con su vuelo un círculo en torno del alto adorno de uno de los extremos del techo.⁵ Pero era sobre todo en el momento en que el cielo sobre la puerta se tornaba arrebol con el crepúsculo, cuando el vuelo de los cuervos, esparcidos sobre el rojo como semillas de sésamo, se apreciaba con mayor claridad. Era claro que los cuervos venían a picotear la carne de los muertos que estaban sobre la gran puerta. Pero hoy, acaso por lo tardío de la hora, no se veía ni uno. Sólo sobre la escalera de piedra, que ya empezaba a derruirse y entre cuyas grietas crecían largas las hierbas, podía apreciarse, adherida por todas partes en puntos y puntos blancos, la mierda de los cuervos. El sirviente puso su trasero, en el que su *ao*⁶ de azul marino estaba ya descolorido, sobre el último escalón de la escalera de siete peldaños, y mientras se manoseaba un enorme grano que le había salido en la mejilla derecha, contemplaba distraídamente la caída de la lluvia.

El autor de estas líneas escribió hace un momento que “el sirviente esperaba a que dejara de llover”. Pero el sirviente, aunque cesara la lluvia, no tenía nada que hacer en particular. Claro que hubiera tenido que regresar a casa de su señor. Pero hacía cuatro o cinco días que ese señor lo había despedido. Como he escrito ya antes, por aquella época la ciudad de Kyōto había decaído en forma inusual. El hecho de que este sirviente, que por muchos años había sido empleado por su señor, hubiera sido despedido ahora por él, no era en realidad más que una pequeña ola inducida por el torbellino de esa decadencia. Por eso, en lugar de “un sirviente esperaba a que dejara de llover”, era más adecuado decir: “un sirviente, acorralado por la lluvia y sin lugar adonde ir, no sabía qué hacer”. Además de eso, el

⁵ En japonés: *Shibi*.

⁶ *Ao*: Tipo de kimono con forro que en ocasiones podía ser de algodón.

aspecto del cielo aquel día había influido no poco en el *sentimentalisme*⁷ de este sirviente de la dinastía Heian. La lluvia que había empezado a caer pasada la hora del mono⁸ no parecía que fuera a cesar todavía. Por eso el sirviente, en lo que seguía un torrente de ideas incoherentes y trataba por el momento —dejando a un lado todo lo demás— de pensar cómo sobrevivir de alguna manera el día de mañana —o sea, por decirlo de algún modo, cómo sobrellevar de alguna manera lo que no había manera de resolver— escuchaba distraídamente el sonido de la lluvia que desde hacía un rato caía sobre la gran calzada de Suzaku.

La lluvia que envolvía Rashōmon llegaba a la gran puerta como si viniera reuniendo desde muy lejos su persistente murmullo. Y la oscuridad crepuscular, a medida que se espesaba, hacía parecer el cielo más y más bajo, de modo que si se miraba hacia arriba la punta de una teja que sobresalía oblicuamente del techo sostenía una pesada nube de color gris oscuro.

Para sobrellevar de alguna manera lo que no había manera de resolver, el sirviente no tenía tiempo de escoger un medio. Si lo escogiera, sería únicamente morir de hambre bajo un terraplén o a un costado del camino. Entonces lo único que podía sucederle sería que lo traerían aquí sobre esta puerta y lo arrojarían como a un perro. Ahora bien, suponiendo que no escogiera... Los pensamientos del sirviente después de recorrer varias veces, yendo y viniendo, el mismo camino, terminaron por enfrentar este punto. Pero este “suponiendo”, por mucho que lo extendiera, no dejaba de ser finalmente una suposición. El sirviente, aun afirmando que no cabía elegir un medio, carecía sin embargo del valor suficiente para hacer la afirmación que —de usar correctamente la forma condicional “suponiendo que no escogiera”— debía seguir naturalmente a ésta; es decir que “no le quedaría más remedio que convertirse en un ladrón”.

Tras estornudar fuertemente se levantó con aire fatigado. En Kyōto enfriaba al anochecer, y hacía ya tanto frío como

⁷ En el original emplea Akutagawa la palabra francesa y la escribe incluso con letras latinas.

⁸ *Saru no kokusagari*; es decir, pasadas las cuatro de la tarde.

para necesitar un brasero. El viento pasaba libremente entre las columnas de la puerta junto con las sombras del crepúsculo, y el grillo que se había instalado antes en una de las columnas laqueadas en rojo se había marchado ya a alguna otra parte. El sirviente, acortando el cuello y levantando los hombros cubiertos por el *ao* de color azul marino bajo el que vestía un *kazami*⁹ amarillo, revisó los alrededores de la puerta. Pensaba que si lograba encontrar un lugar en el que pudiera dormir esa noche tranquilamente, libre de la preocupación por el viento y la lluvia o por las miradas de la gente, allí amanecería. Entonces, afortunadamente, su vista reparó en una ancha escalera de mano, también laqueada en rojo, que conducía a la atalaya sobre la puerta. Aun suponiendo que arriba hubiera alguien, sería sólo algún muerto. De modo que el sirviente, sosteniendo con cuidado el sable que le colgaba en la cintura por la empuñadura de madera para que no se saliera de la vaina, puso uno de sus pies, protegidos por sandalias de paja, sobre el travesaño inferior de la escalera.

Luego, pasados unos minutos, en el medio de la ancha escalera de mano que conducía a la atalaya de la puerta de Rashōmon, un hombre, agazapado como un gato, escudriñaba acechadoramente lo que había arriba. La luz de una llama, proveniente de la atalaya, bañaba con su tenue resplandor su mejilla derecha. Era una mejilla en la que, entre la barba rala, sobresalía un enorme grano rojo cargado de pus. El sirviente, al principio, le había restado importancia a lo que podía encontrar arriba, considerando que habría sólo cadáveres. Pero tras subir dos o tres escalones, tuvo la percepción de que alguien allí había encendido una llama y de que, además, la movía constantemente de un lado para otro. Se percató de esto en seguida, porque esa opaca, turbia luz amarilla se reflejaba temblorosamente en el techo, donde en cada rincón colgaban las telarañas. Quienquiera que estuviera allí, ya por el mero hecho de estar en esta noche de lluvia, encima de la puerta de Rashōmon, y de tener encendida en semejante lugar una llama, no podía ser, como quiera que fuera, una persona cualquiera.

⁹ *Kazami*: ropa interior ligera que se usaba para recoger el sudor.

El sirviente, arrastrándose en cuatro patas como una salamandra, logró subir por fin, con paso furtivo, hasta el peldaño más alto de la empinada escalera. De esta manera, aplanando su cuerpo y estirando su cuello hacia delante todo lo que podía, atisbó con mirada sigilosa el interior de la atalaya.

Al hacerlo, pudo comprobar, que tal como se rumoraba, había en el interior varios cadáveres, tirados al azar en forma descuidada, pero el espacio iluminado por la luz proveniente de la llama resultó más reducido de lo que había imaginado, y no pudo precisar la cantidad exacta. Lo único que pudo comprender vagamente fue que entre ellos había tanto cadáveres desnudos, como con ropa. Y, claro está, parecía evidente que en el montón se entremezclaban los cuerpos exánimes de hombres y mujeres. Los cadáveres estaban regados desordenadamente por todo el suelo, como muñecos hechos de barro amasado, con las bocas abiertas, los brazos estirados, y una expresión que hasta hacía dudar que fueran los restos de personas alguna vez vivas. Esta impresión se intensificaba al ver que los cuerpos, mientras reflejaban en sus partes más altas, como hombros y pechos, el vago resplandor de la llama, haciendo parecer aún más oscuras las sombras de las partes más bajas, callaban como mudos, sumidos en su silencio eterno.

El sirviente, sin pensar en el olor que exhalaban los cadáveres putrefactos, se tapó la nariz. Pero ya al siguiente instante su mano se olvidó de tapar sus fosas nasales, porque una fuerte impresión le hizo perder casi totalmente el sentido del olfato.

Fue en ese momento que los ojos del sirviente distinguieron por primera vez entre los cadáveres la figura acuclillada de una persona. Se trataba de una vieja parecida a un mono, de cabello encanecido, flaca y de pequeña estatura, que vestía un kimono de color rojo púrpura, un tanto negruzco, como el de la corteza del ciprés. La vieja sostenía en su mano derecha un trozo de madera de pino, en el que había encendido una llama y contemplaba con detenimiento la cabeza de uno de los cadáveres. A juzgar por lo largo del cabello, era acaso el cuerpo exánime de una mujer.

El sirviente, movido en sesenta por ciento por el terror y en cuarenta por la curiosidad, se olvidó por un momento hasta de respirar. Para tomar prestada la expresión del autor de

una vieja crónica: sintió que “se le erizaban los pelos tanto de la cabeza como de todo el cuerpo”.¹⁰ Entonces, la vieja encajó el pedazo de madera de pino que le servía de antorcha entre las tablas del piso, y luego de ponerle al cadáver que hasta ahora había estado observando las dos manos sobre el cuello, exactamente como una mona madre que le quita los piojos a su cría, empezó a arrancarle a la cabeza de la difunta, uno por uno, sus largos cabellos. Éstos parecían dejarse arrancar con facilidad, sometiéndose dócilmente a los movimientos de sus manos.

A medida que los pelos eran arrancados uno por uno, iba desapareciendo poco a poco del corazón del sirviente el terror que al principio había sentido. Y al mismo tiempo, iba moviéndose poco a poco en su pecho un intenso sentimiento de odio hacia aquella vieja... No, “hacia aquella vieja” no es quizás la expresión más afortunada. Era un sentimiento de aversión hacia todos los males, que iba intensificándose en su corazón con cada minuto que pasaba. Si en ese momento alguien le hubiera planteado una vez más el cuestionamiento sobre el que había estado reflexionando antes bajo la puerta —a saber, morir de hambre o convertirse en ladrón— seguramente habría escogido sin miramientos morir de inanición. Hasta ese punto era que se había inflamado en aquel hombre, tan vivamente como el trozo de pino que la vieja había encajado en el piso, el sentimiento de odio hacia todo mal.

El sirviente no entendía, por supuesto, para qué la vieja arrancaba los pelos a los difuntos, y por consiguiente no sabía cómo clasificar su proceder racionalmente, si como bueno o como malo. Pero para él, el simple hecho de que en esta noche de lluvia, sobre aquella puerta de Rashōmon le estuvieran arrancando cabellos a los muertos era ya suficiente como para considerarlo un mal inadmisibile. Y claro está, ya hacía rato había

¹⁰ La expresión aparece en la antigua crónica *Konjaku monogatari* (Cuentos de antaño). Véase el cuento núm. 20 del rollo (volumen 24) de la serie de Honchō (Japón) (pp. 305-306 del volumen 25 de *Nihonkotenbungakutaiki* de Iwanamishoten. Allí leemos la frase: *Otoko, yosonite kikitsurndani, kashira no ke futorite osoroshiki ni* [etc.] que sirve de motivo a la del cuento de Akutagawa.) El lector puede encontrar la traducción inglesa de esta historia bajo el título de “How a Man’s Wife Became a Vengeful Ghost and How Her Malignity Was Diverted by a Master of Divination” en el libro *Ages Ago*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1959, pp. 72-73.

olvidado cosas como la de que hasta poco antes había tenido la intención de convertirse en ladrón y demás.

Por eso, el sirviente, poniendo energía en ambas piernas, repentinamente voló de un salto desde la escalera hacia el piso de arriba. Entonces, colocando la mano sobre la sencilla empuñadura de madera de su sable, avanzó a grandes pasos hasta delante de la vieja. Y no hay ni que decir que ella se quedó perpleja.

Con sólo verle se levantó de un brinco, como catapultada.

“¿Oye, tú, adónde vas?” —le gritó injuriosamente el sirviente, bloqueándole el paso a la vieja que, tropezando con los cadáveres, había tratado de huir, en estado de total aturdimiento. Ella, de todos modos, intentó una vez más escapar, empujándolo. El sirviente, a su vez, para que no se fuera, la devolvió de un empujón a su lugar. Por un tiempo estuvieron los dos forcejeando sin decir una palabra, en medio de los cadáveres. Pero ya desde el inicio estaba claro quién sería el vencedor y quién el derrotado. El sirviente, apoderándose de uno de los brazos de la vieja y torciéndoselo, terminó finalmente por derribarla. Era un brazo descarnado, de pura piel y hueso, como la pata de una gallina.

“¿Qué estabas haciendo? ¡Dímelo, porque si no me lo dices, tendrás esto!”

El sirviente, tras arrojar a la vieja, había desenvainado inmediatamente la hoja de la espada, y la amenazaba ahora exponiendo ante su vista el blanco fulgor del acero. Sin embargo, la vieja callaba. Con las manos temblorosas y una respiración jadeante que sacudía sus hombros, callaba obstinadamente con los ojos tan abiertos que parecían querer salirse de las órbitas. Al ver esto, el sirviente tomó por primera vez clara conciencia de que la muerte o la supervivencia de aquella vieja dependían absolutamente de su voluntad. De modo que la conciencia de este hecho logró enfriar por un tiempo el intenso odio que había estado ardiendo hasta ese momento en su corazón. Lo único que restaba en éste era un sentimiento de apacible orgullo y satisfacción, como el que suele quedar tras la culminación de un trabajo que se logra llevar a término sin contratiempos. El sirviente, mientras miraba con desdén a la vieja, le dijo suavizando un tanto el tono de su voz:

“Yo no soy un funcionario de la fiscalía de la ciudad ni nada parecido. Soy apenas un transeúnte que pasó por casualidad hace un momento por abajo de esta puerta. Por eso, no es que vaya a amarrarte una sogá para decidir qué hacer contigo. Basta con que me digas qué era lo que estabas haciendo ahora mismo aquí encima de la puerta.”

Entonces la vieja abriendo aún más los ojos que ya desde antes tenía bien abiertos, miró atentamente la cara del sirviente. Lo miró con una mirada aguda, con ojos de enrojecidos párpados como de ave de rapiña. Luego, como si masticara algo movió los labios que con las arrugas se le habían unido casi a la nariz. Se veía cómo su aguda nuez se movía en su delgada garganta. En ese momento desde esa garganta llegó jadeante hasta los oídos del sirviente una voz parecida al graznido de un cuervo.

“Le arrancaba los pelos, eh; le arrancaba los pelos, eh; porque pensaba hacer con ellos una peluca.”

El sirviente se desilusionó al ver que la respuesta de la vieja era más ordinaria de lo que había esperado. Y al mismo tiempo que se desilusionaba, volvió a penetrar en su corazón el odio de antes, acompañado ahora de un frío desprecio. Entonces, al parecer, ese sentimiento le llegó también a la vieja, quien, todavía sosteniendo en una mano un largo cabello que había arrancado a la cabeza del cadáver, con una voz susurrante, como de sapo, balbuceó lo siguiente:

“Ya veo. Arrancarle los cabellos a un muerto quizás sea una mala acción. Pero es que los muertos que están aquí son todos sin excepción gentes a las que no importa hacerles este tipo de cosas. Esta misma mujer a la que yo le estaba arrancando los pelos ahora, cortaba las serpientes en cuatro, las secaba e iba a venderlas al regimiento de los *tatewaki*¹¹ como si fueran pescado seco. Y seguro que, si no se hubiera muerto de cólera, todavía seguiría yendo a vendérselas. Pero aparte de todo, los

¹¹ *Tatewaki* o *tachiwaki*: Literalmente, “ceñidos con sable”. Guerreros que cuidaban la cámara de los príncipes herederos en el ala oriental del Palacio Imperial. (El ala oriental o *tôgû* correspondía simbólicamente a la primavera y por eso se destinaba a los *kôtaishi* o príncipes sucesores). Estos guerreros eran elegidos entre los servidores más cercanos a la familia real y mejor preparados en artes marciales. Se les dotaba de un sable.

tatewaki decían que el pescado seco que vendía esta mujer sabía muy bien y no dejaban de comprárselo para acompañar el arroz. Yo no pienso que lo que ella hacía estuviera mal. Si no lo hubiera hecho, se hubiera muerto de hambre; de modo que no tenía más remedio que hacerlo. Así que tampoco pienso que lo que yo hago ahora esté mal. Porque si no lo hiciera, de seguro me moriría de hambre; de modo que lo hago porque no me queda más remedio. Lo más probable es que esta mujer que conocía también lo que es hacer las cosas porque no hay más remedio, se hubiera hecho la de la vista gorda al ver lo que yo hago.”¹²

La vieja dijo algo más o menos con este sentido.

El sirviente escuchaba con frialdad lo que decía sosteniendo con su mano izquierda el pomo del sable que antes había metido en la vaina. Por supuesto, la escuchaba mientras se manoseaba con la mano derecha el enorme grano rojo y lleno de pus que le había salido en la mejilla. Pero en lo que la oía, una especie de coraje iba naciendo en su corazón. Era el coraje que un rato antes le había faltado a este hombre debajo de la puerta. Y, con todo, era también un sentimiento que se movía en una dirección totalmente distinta, opuesta a la del coraje que había sentido cuando, tras subir al recinto encima de la puerta, había atrapado a la vieja. No sólo ya no vacilaba entre morir de hambre y convertirse en un ladrón. Para decir lo que realmente sentía este hombre en ese momento: hasta tal punto había sacado de su conciencia ideas como la de morir de hambre y demás, que ni siquiera estaba ya en condiciones de pensar.

¹² La historia de la mujer que vendía a los *tatewaki* trozos de serpiente como pescado seco aparece en el cuento núm. 31, del rollo 31, de *Konjakumonogatari* (pp. 299-300 del volumen 26 de *Nibonktenbungakutaiki*). (Existe una traducción al inglés de este cuento bajo el título de “About the Old Woman Who Sold Fish at the Headquarters of the Crown Prince’s Guard” en el libro *Tales of Times Now Past*, Center for Japanese Studies, The University of Michigan, Ann Arbor, Michigan, 1993, pp. 197-198.) Por otra parte, en el rollo 29 encontramos el cuento 18 (volumen 26 de *Nibonktenbungakutaiki*, pp. 169-170, *Rashōmon no ube no coshi ni noborite shinishi hito wo mitaru nusubito no koto*; es decir, *relato del ladrón que subió a lo alto de la puerta de Rashōmon y vio un cadáver*) que, evidentemente, sirvió de base a Akutagawa para la concepción del cuento que aquí publicamos. Los dos cuentos sobre la puerta de Rashōmon aparecen traducidos en el libro *Tales of Times Now Past*, con los títulos: “How the Lute Genjō Was Snatched by an Oni (pp. 146-149) y “How a Thief Climbed to the Upper Store of Rashō Gate and Saw a Corpse” (pp. 183-184 de la citada edición).

“¿Seguro que es así?”

Dijo el sirviente con voz burlona, tan pronto la vieja terminó de hablar, como para confirmar lo que ya tenía por cierto. Entonces, dio un paso hacia delante y separando su mano derecha del grano de la mejilla, la agarró de repente por el pelo de la nuca y le dijo como si fuera a morderla:

“Entonces no me guardes rencor si te quito la ropa. También yo, si así no lo hiciera, sería apenas un cuerpo muriéndose de hambre.”

El sirviente con rapidez despojó a la vieja de su kimono. Después, cuando ésta trató de abrazársele a las piernas, la arrojó con una ruda patada sobre los cadáveres. Hasta la boca de la escalera de mano podían contarse apenas cinco pasos. El sirviente se metió debajo del brazo el kimono rojo negruzco de color de corteza de ciprés que recién había arrancado del cuerpo de la anciana y en un abrir y cerrar de ojos bajó corriendo por la empinada escalera hacia el fondo de la noche.

Fue poco después que la vieja levantó su desnudo cuerpo de entre los cadáveres, en medio de los cuales había permanecido tendida, inmóvil como una muerta, por un corto intervalo. Con voz susurrante y gimiendo, se arrastró gritando hasta la boca de la escalera, apoyándose en la luz de la llama que aún ardía. Y desde allí, su cabeza desgñada, de corto cabello cano, escudriñó con ansiedad los bajos de la puerta. Afuera, no había más que la oscuridad de la noche, negra como una caverna.

Del paradero del sirviente nadie sabe. ❖

Septiembre, año 4 de Taishō (1916)